

Reseñas

Gerardo FERNÁNDEZ JUÁREZ, *Hechiceros y ministros del diablo: rituales, prácticas médicas y patrimonio inmaterial en los Andes (siglos XVI-XXI)*. Ediciones Abya-Yala, 2012. 387 páginas. ISBN: 978-9942-09-075-1.

El presente libro se suma a la extensa producción científica del autor, confirmando su notable erudición etnográfica acerca de los Andes bolivianos. A nuestro parecer, dos grandes temas destacan en *Hechiceros y ministros del diablo*. El primero es la mirada comparativa sobre los Andes. Esta mirada abarca tanto otras regiones del mundo hispano (que ya, felizmente, Gerardo Fernández había abarcado antes) como regiones andinas (Lambayeque, en particular) que antes habían escapado a sus estudios, más bien concentrados en los Andes sureños. El segundo tema que nos interesa destacar en este libro es el de la «prevalencia» de los especialistas rituales andinos, en el contexto del actual «reconocimiento político» que reciben en países como Bolivia.

Comenzaremos, pues, comentando brevemente este segundo punto, antes de extendernos en el primer tema, que nos parece el más notable del libro. Gerardo Fernández nos recuerda que este reconocimiento de los «curanderos», «maestros» o «brujos» (como también se los llama en buena parte de los Andes) está íntimamente relacionado con aquel promovido desde organizaciones internacionales como la UNESCO—algo que ha vuelto a tratar más recientemente (Fernández 2013)—. En su opinión —y, en buena medida, en concordancia con la severa evaluación de otros colegas y compatriotas suyos (Díaz y Tome 2007)—, además, este reconocimiento implica, desafortunadamente, una modificación, una homogenización y una mercantilización de los conocimientos de estos especialistas rituales. De hecho, su juicio sobre «el halo promiscuo, económicamente interesado, de los gestores culturales y del patrimonio inmaterial» (p. 326), bien podría aplicarse a casos similares en Perú (por ejemplo, el de la reciente declaración de la «huaconada» como patrimonio inmaterial de la humanidad, ritual sobre el que hasta ahora no contamos con ningún estudio serio). Los cuestionamientos de Gerardo Fernández no podrían, pues, parecer más oportunos:

«[Las ofrendas complejas andinas y sus maestros ceremoniales] ¿Sobrevivirán al consumismo exótico de la aldea global? ¿Serán los gestores del patrimonio, ya sea material o inmaterial, los responsables de su masiva desaparición? ¿Los defensores de la «puesta en valor»,... de los criterios capitalistas y empresariales en aras de la reivindicación folklórica identitaria?» (p. 326-327).

Dicho esto, podemos ya abordar el que, a nuestro juicio, podría ser el aspecto más interesante de este libro. En efecto, este nuevo estudio, por un lado, confirma el proyecto del autor de hacer comprensible el mundo indígena de los Andes por medio de un conocimiento profundo de los otros horizontes culturales hispanoamericanos (Fernández 2008). Pero, por otro lado, *Hechiceros y ministros del diablo* nos muestra también la necesidad de realizar comparaciones internas dentro de la vasta área andina.

Así pues, cabe destacar, en primer lugar, las comparaciones entre prácticas rituales (usualmente llamadas «hechicerías») de los Andes bolivianos y de la península Ibérica. El autor nos recuerda, en los siguientes términos, la filiación común de estos fenómenos en ambos espacios:

«la persecución de los ‘Hechiceros y Ministros del Diablo’ no forma tan solo parte del celo misional evangelizador en las Indias, sino que resultan igualmente perseguidos y caracterizados como tales por la retórica católica, en el dominio español y europeo en el mismo periodo en que se llevan a cabo los procesos de extirpación de idolatrías en los Andes» (p. 14).

Tales semejanzas, que conciernen tanto a los objetivos como a «las formas retóricas empleadas en los discursos» (p. 19), no harían sino señalar una necesidad de comparaciones etnográficas poco cubierta hasta ahora en los estudios andinistas¹.

Ahora bien, debe notarse que, al mismo tiempo, las comparaciones realizadas por el autor, en este caso (y a diferencia del que veremos más adelante), suelen restringirse al presente andino y al pasado peninsular. Sucede así, por ejemplo, con respecto a las técnicas curativas de transferencia de una enfermedad del cuerpo del enfermo a otro (incluyendo el del mismo curandero) (p. 285), o a las estrategias de esgrima de los maestros ceremoniales del norte del Perú y de las hechiceras sevillanas del siglo XVIII (p. 271). El caso más explícito aparece quizá en estas sugerencias sobre la lectura de las hojas de coca:

«Es cierto que algunas formas contemporáneas de mirar las hojas de coca en el diagnóstico de auguración recuerdan vagamente los usos del naipe castellano, pero, al igual que el naipe, la costumbre de la ‘suerte de las habas’, muy extendida en toda la península en los siglos XVI y XVII, presenta rasgos de proyección auguradora parejos a los que podemos encontrar en algunos formatos de adivinación contemporánea a través de las hojas de coca» (p. 57-58).

El segundo aspecto comparativo del libro (siempre con respecto a las prácticas curativas y sus especialistas rituales) es, quizá, el más novedoso: el contraste entre el norte y el sur de los Andes. A pesar de las dificultades asociadas a su inevitablemente desigual conocimiento de los Andes del sur (donde ha hecho un prolongado trabajo de campo) y del norte (fundado sobre todo en las etnografías existentes), esta propuesta de Fernández Juárez implica, ciertamente, un reconocimiento notable de la multiplicidad cultural de lo que persistimos en llamar «los Andes»:

«semejanzas y diferencias que hacen ‘lo andino’, al menos en su facies ceremonial, un dominio etnográfico sumamente plural, enriquecedor en su variedad y difícilmente acomodable a los tópicos ideológicos al uso» (p. 259).

Aunque no aprovecha esta oportunidad para proponer una «deconstrucción» de tales «tópicos ideológicos», el autor explora, en detalle, estas variaciones entre Bolivia y el norte del Perú. Así, Gerardo Fernández encuentra lo que llama un «pacto territorial ceremonial» (p. 295) entre ambas regiones. Este «pacto» se manifestaría, sobre todo, en una suerte de repartición geográfica, más o menos estricta, de técnicas y de formas de curación.

¹ Recordándonos la importancia de dialogar con la etnografía y la historia allende los Andes, Gerardo Fernández nos muestra, de hecho, cuán antiguos son los antecedentes de esta comparación. Así, por ejemplo, las palabras de un canónigo de Oviedo, escritas en 1568, consideran comarcas andinas e ibéricas como espacios donde el paganismo debe ser extirpado (p. 154); y lo hacen a tal punto que el mismo término «Indias» se aplica, como un eco que retorna, a España: «No hay Indias que tengan más necesidad de entender la palabra de Dios que estas Asturias» (nota 5, p. 17).

«El sanpedro o achuma era conocido en los Andes del Sur apareciendo documentado en zonas australes como Chuquisaca o las tierras bajas potosinas como aparece en algunas referencias de Charcas... Sin embargo, en la actualidad el consumo del sanpedro es uno de los baluartes del sistema chamánico del Norte del Perú mientras que su uso y el de la willka como elementos psicotrópicos y alucinógenos se ha perdido en las tierras del Sur en donde prevalece de una forma protagónica la hoja de coca» (p. 139-140)².

Al mismo tiempo, mientras el uso de la hoja de coca suele asociarse a las interacciones con los cerros, el del cactus San Pedro está vinculado a las invocaciones a las lagunas (p. 296). El autor añade, además, que mientras la curación en el norte parece seguir una metáfora de lucha o de enfrentamiento, en el sur predomina la de la persuasión o el soborno de las entidades no humanas (p. 289). Finalmente, brinda aun otras características que ayudarían a distinguir las prácticas rituales septentrionales de las meridionales:

«Las ofrendas empleadas en el Norte peruano se definen por su carácter delicado y por tratarse de sustancia habitualmente «frescas»... Estos productos, salvo el tabaco, serían considerados, desde la perspectiva de los seres tutelares de los Andes del Sur, muy delicados, propio para paladares femeninos... [en el Norte] las lagunas ceremoniales son en su mayor parte femeninas complementadas por su cerro de referencia masculina... las ofrendas empleadas en el Norte del Perú son ofrendas alimenticias literales que comparten su carácter gastronómico tanto con los ‘encantos’, como con los ‘seres humanos’ que las ofrecen... En los Andes del Sur por el contrario, las ofrendas alimenticias que se destinan a los seres tutelares del Altiplano son ofrendas complejas elaboradas con ingredientes que no constituyen, habitualmente, alimento de los seres humanos sino que se trata de alimento ritual específico y diferenciado» (p. 275).

Todas estas verificaciones suscitan unas preguntas que bien valdría la pena trabajar aquí; la primera de las cuales, evidentemente, es la razón detrás de estas diferencias. Por su parte, Fernández Juárez solo adelanta una posible hipótesis, de corte más bien histórico, para estas diferencias: «¿Acaso el proceso colonial y evangelizador con la presencia de órdenes religiosas diferentes en ambos sectores no ofrece alguna clave interpretativa...?» (p. 296). Por nuestra parte, quisiéramos consignar algunas preguntas adicionales. Un primer grupo de preguntas se podría formular en los siguientes términos: ¿Cuáles serían las posibles razones de esta aparente «pérdida» o desaparición del consumo tradicional de sustancias alucinógenas en el sur andino? ¿Cuáles, por otro lado, podrían ser las razones de su permanencia o persistencia en el norte andino? Es de notar que, sea cual fuere la respuesta, las constataciones de Fernández Juárez contradicen ya, por sí mismas, el sentido común, académico y popular, que usualmente ha considerado el sur como la región «más indígena» de los Andes (Rivera 2011).

Hay, además, un segundo grupo de cuestiones que, aunque Gerardo Fernández no aborda, se encuentran implícitas en sus argumentos. Estas preguntas podrían constituir, creemos, un verdadero proyecto intelectual de largo aliento: ¿Dónde estaría,

² No solo la etnografía, sino también la arqueología, como lo recuerda el autor, ha demostrado el consumo de sustancias alucinógenas en el sur andino –recuérdense, por ejemplo, las «tabletas de estilo Tiawanaku para el consumo de alucinógenos» (p. 295)–.

pues, la posible frontera entre ambas regiones del norte y del sur (es decir, por ejemplo, entre el predominio de la hoja de coca y el de los cactus de San Pedro)? ¿Qué otros elementos, fuera de aquellos asociados a los rituales de curación, intervienen en la definición de estas dos grandes áreas? ¿La comparación de, por ejemplo, los temas míticos o de los instrumentos musicales de ambas regiones delinearían (o refutarían) acaso unas fronteras similares?³

Finalmente, no quisiéramos cerrar estas sugerencias y comentarios sin expresar nuestra complacencia por un libro que, gracias al tesón de Gerardo Fernández Juárez, brinda a los estudiosos de los Andes un estupendo ejemplo de cómo repensar el mundo ritual andino, tanto en su especificidad como en su parentesco con otras regiones.

Referencias bibliográficas

DÍAZ, Luis y Pedro TOMÉ (coords.)

2007 *La tradición como reclamo. Antropología en Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla-León, Consejería de Cultura y Turismo.

FERNÁNDEZ JUÁREZ, Gerardo

2008 *Kharisiris en acción: cuerpo, persona y modelos médicos en el Altiplano de Bolivia*. Quito: Abya Yala.

2013 «El 'Tío' está sordo: los mineros bolivianos y el Patrimonio Cultural Inmaterial». *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana* 8 (3): 303-322.

INC (INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA DEL PERÚ)

1978 *Mapa de los instrumentos musicales de uso popular en el Perú: clasificación y ubicación geográfica*. Lima: Instituto Nacional de Cultura; Oficina de Música y Danza.

RIVERA ANDÍA, Juan Javier

2011 «Una flauta traversa tañida por intérpretes femeninos en la sierra norte peruana». *Estudios Latinoamericanos* 31: 127-144.

Juan Javier RIVERA ANDÍA

Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn
jjriveraandia@gmail.com

³ Las pocas cartografías de instrumentos musicales en los Andes peruanos han mostrado, por ejemplo, la existencia de una frontera en torno al departamento de Huánuco, que también parece ser relevante para ciertos aspectos de la tradición oral (INC 1978).